

RENOVACION

ORGANO DE LA UNION LATINO - AMERICANA

Director:

MANUEL A. SEOANE

Representante general en Europa
HAYA - DE LA TORRE

BOLETIN MENSUAL DE IDEAS, LIBROS Y REVISTAS

DE LA AMÉRICA LATINA

Suscripción Anual: \$ 1.—

Número suelto 10 cts.

HUMBERTO 1.º 639

BUENOS AIRES

NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE
1 9 2 8

EL CONFLICTO BOLIVIANO - PARAGUAYO

Felizmente se ha conjurado la posibilidad inmediata de una guerra en la América del Sur. La posesión del Chaco, donde se suponen ingentes riquezas en petróleo, ha motivado un conflicto que llegó a agudizarse hasta extremos inverosímiles.

En otro lugar de este número, publicamos el llamado a la paz, formulado por el Consejo Directivo de la Unión Latino-Americana. Sólo cabe añadir, al respecto, que en esta emergencia, como en muy contadas ocasiones, se ha exteriorizado un universal anhelo de paz. De todo el mundo y muy singularmente de América Latina han partido voces pidiendo la reconciliación. Esto habla elocuentemente de que los pueblos van adquiriendo un preciso sentido de su destino histórico y que va haciéndose, cada vez más firme, el repudio a la guerra.

Pero nos toca juzgar la segunda parte del problema, que viene a justificar aquello de que nunca las tales fueron buenas. Eludiéndose la intervención de un árbitro latinoamericano, ha tomado ingerencia la Conferencia Panamericana de Conciliación. Numerosas veces hemos enjuiciado el panamericanismo y no es esta la hora de repetir argumentos para demostrar que éste no es sino la etiqueta mal disimulada que cubre la acción diplomática yanqui.

Bien claro ha quedado esta intromisión al constatar la extraña diligencia del presidente Coolidge por formar la comisión investigadora, a la que renunciaron países de la significación de Argentina y Brasil, es decir, los dos más importantes de la América del Sur. Confeccionada velozmente, con las ausencias apuntadas, esa Comisión, bajo la inmediata vigilancia de su tutor rubio, no hará sino seguir la huella que traza el curso imperialista. Basta para justificar tal apreciación, aparentemente exagerada, señalar la presencia del delegado peruano Víctor Maúrtua, quien, en la 6ª Conferencia Panamericana, se constituyó en el defensor del derecho de los EE. UU. a intervenir los pueblos débiles.

El conflicto, por tanto, aunque en cauces pacíficos, no ha perdido su gravedad. Al contrario, lo ha aumentado. La ingerencia norteamericana permite asegurar que se harán esfuerzos para arrebatar otra fuente de riquezas petrolíferas al contralor de Latinoamérica. Ya no habrá guerra entre Paraguay y Bolivia. Habrá, solamente, guerra entre la astuta y poderosa diplomacia del dólar, con la inocente declamación latinoamericana y, lo que es peor, con el apoyo traidor de los panamericanistas a sueldo.

Mensaje de los estudiantes argentinos a sus camaradas de Bolivia y Paraguay

En presencia de los acontecimientos desarrollados a raíz del conflicto fronterizo entre Paraguay y Bolivia, la Federación Universitaria Argentina, que representa a los universitarios del país, envió a sus miembros de esas dos naciones el mensaje que transcribimos:

“Al señor Presidente de la Federación Universitaria de...”

La Federación Universitaria Argentina tiene el agrado de dirigirse por su intermedio a los compañeros de esa, para hacerles llegar en este momento de agitación en la vida de su país, las palabras que siempre hicieron suyas los jóvenes de América con prescindencia y hasta en contra del pensamiento de sus gobiernos.

Sería redundante e inoficioso hablarles a ustedes solamente de paz y de serenidad ante el conflicto. Tenemos el derecho fraternal de agregar algo más y de más honda significación en la emergencia. Por algo nos hemos sentido siempre solidarios en un alto ideal continental y humano, que es el que ahora peligra en un simple entredicho de fronteras.

No hemos querido crear la información que da a las juventudes de los países en litigio, como participantes de la exaltación bélica que, como ocurre siempre en estos casos, se apoderó de ambos pueblos hermanos. Nos hemos resistido a comprobar algo que sería una lamentable desviación de los principios pacifistas de la juventud, que precisamente en estos momentos debe gritar su imperativo de concordia por encima de las peligrosas pasiones populares.

No hay sino un árbitro natural en el conflicto: y ese debe ser la juventud de ambos países, unidas en la labor de serenar a los otros en lugar de agitarse a su vez en una efervescencia que será únicamente censurada.

No se puede ni siquiera mentar a la guerra en el ámbito de América Latina. Podrán hacerlo los que no han podido despojarse de una pesada herencia mental que encuentra todavía necesario el crimen de las trincheras. Pero millares de voces nuevas se alzarán para decirles que la guerra, cualquiera sean sus causas, es siempre im-

perdonable y bárbara.

Y en nuestro Continente sería doblemente repudiable cuando sus Estados tienen la obligación de gestar laboriosamente un progreso material y cultural que fije definitivamente su personalidad en el mundo, y cuando toda la vieja civilización del Occidente reclama su cansancio sobre la esperanza de América.

Nos duele tener que ser nosotros quienes recordemos a ustedes algo que es ya un lugar común en la historia de las dictaduras: y es que el fenómeno del conflicto internacional y de su cruda consecuencia, la guerra, es casi siempre provocado por la táctica dictatorial e imperialista que encuentra su mejor escudo en el estado de exaltación patriótica que aquella produce en el pueblo.

No hay agravio ni litigio que no pueda ser juzgado por el arbitraje; ni cabe, de consiguiente, otra solución.

El arbitraje debe venir, no graciosamente dispensado por la farsa panamericanista del Tío Sam, sino impuesto en los límites de la América nuestra, que tiene el orgullo de su derecho internacional pacifista e igualitario.

La juventud argentina, invocando vuestras reiteradas proclamas pacifistas y de armonía continental—que no podéis olvidar ahora—exige de vosotros, en nombre de una fraternidad que no querrá verse enfría, que ante las maniobras guerreras de las cancillerías, adoptéis una actitud consecuente con vuestros principios y que en el caso desgraciado de que la guerra sobrevenga, a pesar de todo, empecéis a practicar en el hecho algo que está ya en la conciencia universal, frente a la irresponsable temeridad de sus malos gobernantes: cruzados de brazos ante el ofrecimiento de los fusiles y elevad vuestra protesta consciente y libre sobre el estrépito de una tragedia de la que no podéis ser actores sin traicionarnos y sin traicionarnos.

De lo contrario, tendremos que resignarnos a llorar la ruina de un grande ideal sobre las otras ruinas irreparables que la guerra ocasiona en las cosas y en los hombres. ZAVALA ORTIZ, presidente; FERRA, secretario.”

POR LA PAZ DE AMERICA

“A las filiales de la Unión Latino-Americana, a las Federaciones Universitarias y a los trabajadores manuales e intelectuales de Bolivia y el Paraguay: Hemos esperado, vanamente, la pacífica solución de la incidencia producida entre los gobiernos de Asunción y La Paz. Nuestras esperanzas, concordadas a las de todo latino-americano idealista, han sido defraudadas hasta hoy. Y en este pacífico suelo de América, cuna promisoro de una humanidad redimida de egoísmos, ha comenzado a derramarse sangre fraternal. Soldados bolivianos y paraguayos han caído ya bajo las balas de la guerra, pagando con sus vidas la increíble locura de los gobernantes.

Urge, pues, reaccionar para mantener la paz. No es hora de averiguar quien es el culpable. Ni de aplicar la vieja ley de Talión. Una concepción más alta y noble del destino humano, impone vadear esos conceptos, para detener, generosamente, el crimen colectivo de la guerra. Cualquier agravio, cualquier derramamiento de sangre, es menor, infinitamente menor, al terrible desastre que provocaría un conflicto entre los dos pueblos.

Bolivia y Paraguay, para alcanzar el aprecio universal y para conquistar un grado de efectivo progreso interno, deben mantener la paz. El honor nacional, antes que una carnicería humana, es un estado de conciencia colectiva. La verdadera prueba de jerarquía nacional se adquiere practicando la serenidad y no incurriendo, por exceso de sentimentalismo patriótico, en un mal mucho peor que el que se quiere remediar.

LA PAZ NO ES UN ESTADO NEGATIVO. Es, al contrario, un estado activo, que se conquista mediante el equilibrio de las fuerzas sociales. La paz ofrece recursos para resolver los litigios. Aun éstos, en los que se han volcado todos los extremos belicosos.

Sólo una locura generalizada, o una ceguera increíble, puede arrastrar a la lucha a dos nobles pueblos hermanos, que han pasado por el doloroso calvario de otras guerras infaustas, y que poseen vastos y riquísimos territorios.

¿Y a disputar qué? Regiones insalubres, inhabitadas, sin más riqueza que el petróleo, que, en última instancia, no va a pertenecer o dar poderío al pueblo boliviano ni al pueblo paraguayo, sino a los capitalistas norteamericanos, que desde las sombras especulan el conflicto.

Y ACA LLEGAMOS A UN PUNTO ESENCIAL. La coexistencia de los pueblos hermanos crea deberes sagrados. Ante el avance imperialista, que ya hincó su garra en el norte latinoamericano, sólo la unión nos puede salvar. ¿Cómo calificar, entonces, la actitud de quienes abren, con sus disputas, el camino al capitalismo invasor? ¿Acaso no es perceptible que los banqueros de Wall Street venderán su ferretería bélica, colocarán empréstitos en condiciones onerosas, se apoderarán de todas las riquezas naturales, presentes y futuras, a cambio del apoyo que prestarán para que Paraguay y Bolivia se destruyan mutuamente y sean fáciles víctimas después?

No, hermanos de Bolivia y del Paraguay. Detengan las armas fratricidas, piensen un instante en el porvenir de América y en la responsabilidad ante las propias patrias y bajen los brazos armados, aceptando la mediación pacífica de un árbitro latinoamericano.

Desconfiad de los gobiernos, vinculados generalmente a los intereses minoritarios y procedan ustedes por cuenta propia, como vivas expresiones de la conciencia popular.

¡Latinoamericanos: conquistad vuestra paz!

Buenos Aires, 10 de diciembre de 1928.

ALFREDO L. PALACIOS, presidente; CARLOS SANCHEZ VIAMONTE, vicepresidente; MANUEL A. SEOANE, secretario general; Julio R. Barcos, Alfredo A. Bianchi, Oscar Herrera, Euclides E. Jaime, Jorge Lascano, Fernando Márquez Miranda, Isidro J. Odena, Florentino Sanguinetti, Gabriel del Mazo, Antonio Herrero, Adolfo Korn Villafañe, Saúl N. Bagú, Emilio R. Biagosch, Blanca Luz Brum, Enrique Cornejo Koster, Fernán Cisneros (h.), César A. Miro Quesada, Diego R. May Zubiría, Horacio Trejo, Pedro Verde Tello y Guillermo R. Watson, delegados.

